Capítulo VIII

Desarrollo e integración social y laboral latinoamericana: ¿un segundo despegue?

Marcio Pochmann[1]

Introducción

Desde que surgió el concepto de América Latina como identidad fundada en un conjunto de dimensiones sociales, económicas, políticas, culturales y étnicas, la región solo había registrado un período de despegue de su desarrollo. Entre las décadas de 1930 y 1970, se produjo una transición de la antigua sociedad agraria a una nueva sociedad urbana e industrial.

Durante ese período, tuvieron lugar transformaciones innegables en la región, cuyo crecimiento fue uno de los mayores del mundo, pero no se corrigió la trayectoria previa de desigualdad social y elevada concentración de la riqueza, los ingresos y el poder. Del mismo modo que el conjunto de los países no había logrado ofrecer un futuro prometedor

[1] Profesor del Instituto de Economía e investigador del Centro de Estudios Sindicales y de Economía del Trabajo, ambos de la Universidad Estatal de Campinas. Presidente de la Fundación Perseu Abramo.

para la integración social y laboral en tiempos de la sociedad agraria hasta la década de 1930, América Latina recorrió el camino de la regresión económica y social durante las dos últimas décadas del siglo XX.

En la primera década del siglo XXI, la región volvió a mostrar indicios concretos de un segundo despegue en su patrón de desarrollo. La eficacia de los regímenes democráticos permitió la emergencia de una nueva mayoría política posneoliberal en diversos países, que combinaron la recuperación del crecimiento económico con avances sociales fundamentales.

Estas condiciones parecen haber establecido una nueva base que permitiría una realización más amplia y rápida de la integración social y laboral. En ese contexto, este estudio tiene el objetivo de profundizar la comprensión de los desafíos del segundo despegue latinoamericano.

En las tres secciones siguientes, se analiza de forma general la integración social y laboral en la región. En primer lugar, se estudian las condiciones de despegue del desarrollo latinoamericano y, posteriormente, se resaltan tanto la convergencia del sentido de la integración sociolaboral como la heterogeneidad del desarrollo en los diferentes países de la región.

A. Desarrollo y despegues en el capitalismo

Desde su mismo principio organizador, el modo de producción capitalista se caracteriza por expandirse sistémicamente, incorporando y articulando espacios territoriales crecientes hasta alcanzar un nivel mundial. Todo ello a partir de la existencia de un centro dinámico integrador de un todo periférico.

A pesar de las combinaciones de la lógica sistémica, la dinámica capitalista se ha mantenido desigual. Aunque el centro dinámico ha cambiado muy pocas veces a lo largo del tiempo, la dimensión periférica sigue presente y continúa reproduciéndose intensamente.

Para asumir la posición de centro dinámico, se requerían originalmente tres características fundamentales. La primera correspondía al hecho de disponer de una moneda de curso internacional, con las funciones de intercambio, reserva de valor y unidad de cuenta. La segunda característica estaba relacionada con el poder de las fuerzas armadas para lograr lo que no podía conseguir la diplomacia del diálogo. Finalmente, la última característica consistía en la capacidad de producir y difundir tecnología, como elemento dinámico de la competencia capitalista.

La asunción por parte de Inglaterra del papel de centro dinámico a partir de la primera revolución industrial y tecnológica en la segunda

mitad del siglo XVIII no fue superada hasta la primera mitad del siglo XX, con la ascensión de los Estados Unidos, como vencedor de las dos guerras mundiales, a la condición de principal economía del mundo. A comienzos del siglo XXI, crece la importancia del debate sobre posibles cambios del centro dinámico mundial, con el desmoronamiento de las experiencias de socialismo real y el desplazamiento de la producción mundial de manufacturas hacia Asia[2].

En este contexto, el tema del despegue cobra una mayor actualidad en el capitalismo, tomando en cuenta sus efectos en un marco de multipolaridad mundial y la renovación de las condiciones de reproducción de la periferia[3]. El ámbito de este estudio abarca únicamente la región latinoamericana y su movimiento de despegue, dentro de la dinámica de desarrollo capitalista mundial.

Desde el comienzo de la década de 2000, se ha registrado en América Latina un ritmo de crecimiento medio anual del producto por habitante (2,6%) que ha llegado a ser un 85% superior al mostrado por el conjunto de los países desarrollados (1,4%). En cambio, durante las dos últimas décadas del siglo XX, el crecimiento medio anual del producto por habitante latinoamericano (0,3%) solamente equivalió a un 16% del registrado por esos mismos países desarrollados (1,9%).

No solo la expansión del ingreso per cápita ha crecido más que la de los países desarrollados, sino que también se ha redistribuido mejor, lo que ha permitido afrontar con nuevos fundamentos la cuestión social y laboral. Un ejemplo de esto es la caída persistente de la tasa de pobreza, de la desigualdad de ingreso, del desempleo y del trabajo informal que caracteriza al desarrollo social.

1. Características del primer despegue latinoamericano

Debido al predominio de las características inherentes al funcionamiento de las sociedades agrarias, el conjunto de los incrementos de productividad fue muy pequeño en América Latina y el Caribe hasta comienzos del siglo XX. En consecuencia, las posibilidades de expansión de las economías de la región se veían restringidas por las perspectivas del rendimiento derivado de las explotaciones agropecuarias, de la casi inexistente división del trabajo y de las ventajas comparativas naturales, de modo que el nivel de vida

2 Véanse Arrighi (1997); Fiori (1999); Palma (2004); Fiori y Medeiros (2001); Serrano y otros (2008).
3 Véanse, por ejemplo, Amsden (2004); Love (1998); Dosman (2011); Santos (2010).

resultante era primitivo y estaba limitado a la economía de subsistencia, con jornadas de hasta 15 horas diarias y una vida laboral desde los 5 años hasta prácticamente la muerte.

La presencia de un Estado mínimo, que solamente tenía las funciones de monopolio de la moneda, la tributación y la violencia, descartaba cualquier posibilidad de políticas dirigidas al bienestar social y a la regulación del mercado de trabajo. Al mismo tiempo, predominaba una competencia salvaje, sin políticas nacionales en áreas como la educación, salud, trabajo, asistencia o vivienda, entre otras.

Con la revolución industrial y tecnológica del siglo XVIII en Inglaterra, el capitalismo pudo lograr el tránsito de la antigua sociedad agraria a la moderna sociedad urbana e industrial. El proceso de mecanización de la época dio lugar a incrementos crecientes de la productividad, gracias a la incorporación de tecnología y a la consiguiente ampliación de la división del trabajo.

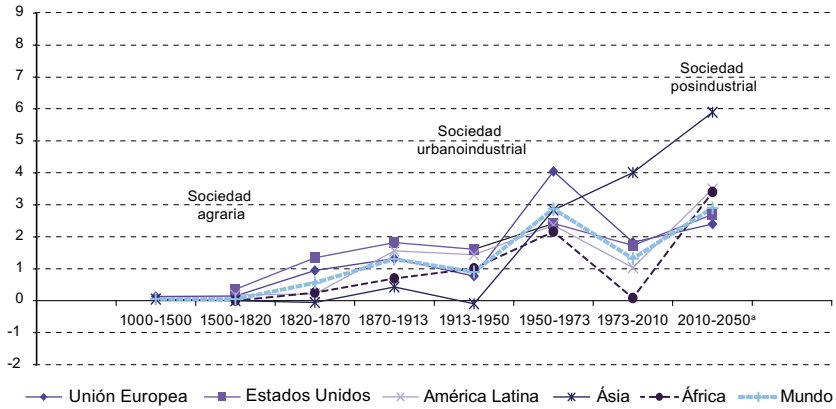
Por otro lado, las tensiones laborales manifestadas en las luchas y reivindicaciones relativas a la liberación de parte del tiempo dedicado al trabajo de subsistencia hicieron que se produjeran las primeras iniciativas de regulación del mercado de trabajo, como el establecimiento de la jornada laboral de 8 horas diarias, el descanso semanal, las vacaciones, el ingreso en el mercado de trabajo después de los 14 años de edad y las pensiones después de cierto tiempo de contribución. Todo esto, claro está, requirió una reforma tributaria capaz de ampliar los fondos públicos más allá de los límites establecidos por el antiguo Estado mínimo (liberal).

El nuevo Estado de bienestar social constituido absorbió una mayor cantidad de empleados y también hizo posible las garantías basadas en transferencias de renta, que permitían que determinados segmentos de la sociedad, como por ejemplo los niños y adolescentes, las personas de edad, los enfermos y los que sufren discapacidades físicas o mentales, permanecieran libres del mercado de trabajo durante un tiempo. Sin embargo, todo eso solo se hizo evidente en el siglo XX, especialmente con los avances económicos permitidos por la segunda revolución tecnológica y por los acuerdos socialdemócratas en el marco de la Gran Depresión de 1929.

También fueron muy relevantes las dos guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945), ya que estuvieron muy relacionadas con la disputa entre naciones emergentes como Alemania y los Estados Unidos por la sucesión del liderazgo inglés. Desde el fin de la década de 1940, el nuevo centro del mundo se estableció bajo el liderazgo indiscutido de los Estados Unidos, cuyo modo de vida, el *American way of life*, se generalizó por el

mundo a través del consumo de bienes y servicios más rápidamente que la descentralización de la producción de manufacturas. Durante la guerra fría (1947-1991), se crearon más de 150 países, tras el desmoronamiento de los antiguos imperios y sus colonias.

Gráfico VIII.1
Regiones seleccionadas: tasa de expansión del PIB per cápita, 1000-2050
(En porcentajes)



Fuente: A. Maddison, *Perspectives on Global Economic Progress and Human Development. Academy of Science Annual Symposium*, Washington, D.C., 2008.
[a] Proyección.

La posición en la generación mundial de la riqueza del conjunto de los países que en el siglo XX se denominarían "subdesarrollados" disminuyó relativamente durante la larga depresión entre 1873 y 1896. Esto se debió a que la transición de la sociedad agraria a la sociedad urbanoindustrial, iniciada en Inglaterra desde el siglo XVIII, permitió que unos pocos países protagonizaran una creciente expansión de la riqueza en el mundo, estimulada por la producción manufacturera.

Después de la industrialización original en Inglaterra, se produjo un ciclo de industrialización retardada en el siglo XIX. Algunos países, como Alemania, los Estados Unidos o Francia, desarrollaron una sociedad urbanoindustrial, seguidos en la segunda mitad del siglo XIX por Italia, Japón y Rusia. Otras naciones experimentaron una evolución similar y, hasta la crisis regulatoria del capitalismo central de 1973, el peso de la industrialización en la producción de la riqueza mundial fue creciente[4].

[4] Véanse Mello (1981); Oliveira (2002).

La tardía presencia de América Latina y el Caribe en la producción de manufacturas en el mundo se debió a la prevalencia, hasta la década de 1930, del modelo agrario basado en la producción y la exportación de bienes primarios. Entre 1820 y 1929, el ritmo medio de expansión del PIB per cápita fue del 0,9% anual, mientras que, en el conjunto de los países industrializados, la variación media anual fue del 1,4%.

A pesar de la superación de la primera época del pacto colonial, que en menos de cuatro décadas (1791-1824) permitió acabar con la relación exclusiva entre las colonias y las metrópolis europeas, la evolución del proceso de independencia consolidó la fragmentación regional. Además, la persistencia de una forma de desarrollo sostenido por economías centradas en la exportación de productos primarios mantuvo el atraso y la dependencia de una división internacional del trabajo dominada por Inglaterra.

A comienzos del siglo XX, por ejemplo, solamente el café y el caucho representaban casi el 80% de todo lo exportado por el Brasil, el 42% de las exportaciones de la Argentina correspondían al grano, mientras que más del 37% de las exportaciones del Perú consistían en cobre y azúcar[5]. Al tratarse de economías basadas en la exportación de productos primarios, las naciones latinoamericanas no tenían en sus manos su propio progreso, sino que este dependía de la demanda y de los precios de los productos primarios, que en general se definían en los países industrializados y, sobre todo, en Inglaterra.

Los flujos comerciales y financieros internacionales de la época demarcaban los límites de los avances y las antiguas sociedades agrarias se reproducían sobre estructuras primitivas y atrasadas, con solo algunos elementos de modernidad capitalista. A pesar de las diferencias entre las economías latinoamericanas, el eje estructurador de la base material y social era de tipo agrario, con cierta presencia localizada de industrias dispersas, lo que reforzaba la condición de subdesarrollo[6].

En 1929, la Gran Depresión debilitó el sistema centro-periferia del capitalismo, lo que permitió que se produjera una transformación de sus modalidades de integración comercial y financiera en el ámbito internacional. Simultáneamente, en algunos de los países latinoamericanos se formaron internamente nuevas mayorías políticas de tipo no liberal, que, a pesar de ser aún heterogéneas y poco democráticas, se mostraron capaces de viabilizar la transición hacia una sociedad urbana.

---

5 Véanse Bulmer-Thomas (2003); Berthell (2002); Bomfim (2008).

6 Véase Agarwala y Singh, 2010.

La respuesta a las oligarquías liberales agrarias consistió en la tarea de consolidar instituciones públicas comprometidas con los derechos civiles, políticos y sociales. La perspectiva, en este sentido, consistía en unir este primer movimiento de despegue económico de América Latina al desarrollo social.

Para ello, fue fundamental el cambio de actitud del Estado, que comenzó a defender políticas nacionaldesarrollistas. En países como la Argentina, el Brasil, Chile o México, por ejemplo, el proceso de industrialización avanzó más, pero en casi la totalidad de América Latina se produjo un crecimiento real del sector manufacturero en mayor o menor medida.

Como consecuencia de la innegable expansión productiva, la región asistió a una serie de transformaciones de urbanización y estructuración del mercado de trabajo, relacionadas con el empleo asalariado formal. Al final de la década de 1970, América Latina se había convertido en una de las regiones con mayor crecimiento del producto interno bruto (PIB) per cápita del mundo y mostraba un grado elevado de urbanización.

Entre 1950 y 1980, por ejemplo, la tasa media de crecimiento anual del PIB latinoamericano fue del 5,1%, mientras que el PIB per cápita aumentó un 2,4% anual en promedio. En todo el mundo, el producto por habitante se incrementó un 1,8% cada año en promedio durante el mismo período.

A pesar de esto, el progreso económico dio señales evidentes de haberse separado de los limitados avances sociales en América Latina[7]. Por ello, la cuestión social siguió sin solucionarse, en contradicción con los progresos económicos en la región.

La exclusión social se mantuvo vigente, como revelaban la elevada pobreza, la marginación social y la informalidad y la precariedad del trabajo, entre otros fenómenos. En el mismo sentido, la urbanización de la sociedad se produjo en un marco de infraestructura rudimentaria para la mayor parte de la población, con la excepción de verdaderas islas de modernidad establecidas para los más ricos de la región.

Ciertamente, la ausencia de regímenes plenamente democráticos, acompañada por la escasez de reformas civilizatorias del capitalismo, como las reformas agraria, tributaria y social, hizo que en América Latina se encontraran los peores indicadores de desigualdad del ingreso y de atraso social[8]. Un ejemplo evidente de esta situación fue el Brasil, que era una de las ocho economías más importantes del mundo en 1980, pero que mantenía a casi la mitad de su población en condiciones de pobreza y no

---

7 Véanse Berthell, (2004); Serra, (1979); Cano, (1999a, 1999b); Gurrieri, (2011); Tavares, (1981).

8 Véanse Marini, (2009); Faletto, (2009); Kowarick, (1975).

había formado un Estado de bienestar social. El nivel de desempleo urbano era bajo, pero existía una elevada informalidad y no se había producido una democratización de las relaciones laborales.

2. Señales de un segundo despegue latinoamericano

Al comienzo de los años ochenta, entró en caída la primera experiencia de despegue latinoamericano, registrada entre las décadas de 1930 y 1970. La crisis de la deuda sacudió las economías latinoamericanas, a la vez que la adopción de los programas de ajuste exportador generadores de excedentes transferidos al exterior provocaba la decadencia de la región.

Durante casi dos décadas, la regresión económica y social se hizo visible a través de las altas tasas de inflación, la desorganización de las finanzas públicas, el semiestancamiento del ingreso por habitante, el elevado nivel de desempleo, la pobreza y las desigualdades sociales. América Latina se distanció del mundo desarrollado y perdió oportunidades de incorporar los avances derivados de la revolución de la información[9].

Además, en virtud de las políticas neoliberales implantadas durante las dos últimas décadas del siglo XX, la región pasó a convivir precozmente con la desindustrialización, de manera simultánea a la mayor internacionalización de su sector productivo y al fortalecimiento del sector primario exportador. El desgaste del neoliberalismo llegó a extremos insoportables cuando la gran crisis internacional de 2008 señaló nuevamente sus límites.

Un poco antes de eso, la victoria democrática de nuevas mayorías políticas no liberales constituidas en el ámbito de los procesos electorales latinoamericanos manifestó el reposicionamiento de la región en relación con el resto del mundo. De este modo, por primera vez desde la década de 1930, se asistió a la reaparición de nuevas centralidades dinámicas mundiales. Ciertas regiones no desarrolladas pasaron a considerarse posibles portadoras de futuro, especialmente las que tenían un gran potencial de expansión económica a través de su propio mercado interno.

El ritmo de crecimiento de la ocupación en las distintas partes del mundo ayuda a percibir la presencia de nuevas dinámicas al comienzo del siglo XXI. En el conjunto de los países desarrollados, el nivel de empleo ha crecido, pero ese crecimiento ha sido inferior a un tercio del observado en todo el mundo y solo un 10% del registrado en los países de Oriente Medio, por ejemplo.

---

[9] Se puede encontrar información más detallada en Cano (1999); Bacha y Mendoza (1987).

Cuadro VIII.1
Regiones seleccionadas: variación media anual de la ocupación
(En porcentajes)

Áreas	2001-2005	2006-2010	2011-2012	2001-2012
Mundo	**1,7**	**1,2**	**1,2**	**1,3**
Países desarrollados	0,6	0,3	0,3	0,4
Asia oriental	1,0	0,5	0,7	0.7
Asia meridional	1,7	2,0	1,7	1,8
América Latina	**2,5**	**2,1**	**1,9**	**2,2**
Norte de África	3,2	2,7	1,7	2,5
África subsahariana	3,0	2,9	2,9	2,9
Oriente Medio	4,8	3,4	2,9	3,7

Fuente: Organización Internacional del Trabajo (OIT), *La OIT en América Latina y Caribe*. Santiago, 2013.

Así pues, se constatan indicios de cambio estructural en el capitalismo mundial, después de la convergencia de políticas adoptadas por gobiernos neoliberales en las dos últimas décadas del siglo XX. La reciente aparición de nuevas mayorías políticas de corte antiliberal en gran parte de los países latinoamericanos fortaleció el camino democrático y popular, tras varios años de derrotas impuestas a determinados segmentos sociales[10].

La recuperación del ritmo de crecimiento económico tuvo lugar de forma paralela al fortalecimiento del papel del Estado. El incremento del gasto social en relación con el PIB potenció la expansión del ingreso y del empleo, y colocó así nuevas bases para afrontar males históricos, como la pobreza y la concentración del ingreso.

Al igual que la salida de la Gran Depresión de 1929, que representó la superación de las políticas liberales dominantes hasta entonces[11], la recuperación del mundo tras la crisis de 2008 parece apuntar a un escenario de caída de la hegemonía neoliberal[12]. Además, los resultados obtenidos por los gobiernos posneoliberales latinoamericanos desde el inicio del siglo XXI refuerzan la interpretación relativa a un segundo despegue latinoamericano, cuyos avances económicos estarían vinculados al desarrollo social y laboral, con la reducción del desempleo y de la informalidad, así como de la pobreza y de la desigualdad de ingresos.

Por otro lado, se destaca la aparición de multipolaridades en el mundo. La política neoliberal estadounidense tras la crisis regulatoria de la década de 1970 fue suficiente para prevalecer sobre el impulso económico japonés y alemán, así como para provocar el fin de la experiencia de socialismo

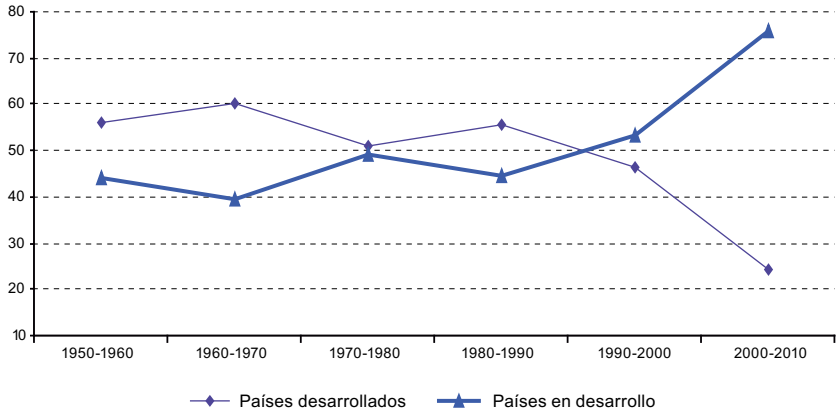
[10] Se puede encontrar información más detallada en Fernandes y Raninchesk (2009).
[11] Con respecto al liberalismo, véanse Morais (1997); Keynes (1926).
[12] En relación con el posneoliberalismo, véase Sader y Gentile (2007).

soviético. No obstante, el éxito logrado trajo consigo la corrosión de las bases productivas del capitalismo norteamericano. Salvando las distancias, los Estados Unidos siguieron una trayectoria similar a la registrada por la economía inglesa al final del siglo XIX, con el contagio del virus del improductivismo, causado por el proceso de la financierización de la riqueza.

Paralelamente, en parte de Asia se confirmó, a través de varias experiencias nacionales, la constitución de una nueva frontera de expansión del capitalismo mundial. Precisamente China y la India, que fueron, en particular, los dos grandes territorios perdedores del planeta ante el avance de la hegemonía inglesa y estadounidense en la primera y segunda revoluciones industriales y tecnológicas, volvieron a convertirse en potencias emergentes, en un marco de implantación de experiencias vinculadas a la planificación central y al vigor del Estado.

En resumen, las reformas neoliberales realizadas desde la década de 1980 terminaron por eliminar parte da estructura productiva de los países desarrollados, que en otro tiempo habían sido el paradigma de la expansión capitalista mundial. Como consecuencia del desplazamiento de la producción industrial occidental hacia Asia, pudo vislumbrarse la continuidad del desarrollo de otra revolución tecnológica creadora de nuevas centralidades en el planeta, como las cadenas globales de valor, gestionadas por las grandes empresas transnacionales.

Gráfico VIII.2
Países desarrollados y en desarrollo: contribución al crecimiento del PIB mundial, 1950-2010
(En porcentajes)



Fuente: A. Maddison, *Perspectives on Global Economic Progress and Human Development. Academy of Science Annual Symposium*, Washington, D.C., 2008.

En el mismo sentido, se ha constatado también que América Latina, África y parte de los países de Europa del Este que habían resultado perdedores en las décadas de hegemonía de las políticas neoliberales mejoraron su posición relativa en el mundo. El resultado ha sido una mayor contribución al crecimiento mundial por parte de los países en desarrollo.

En el ámbito de la sociedad posindustrial en proceso de creación, el conocimiento tiende a convertirse en uno de los principales activos que impulsan el desarrollo y los avances de productividad que proporciona ese conocimiento están en la base del proceso de desmaterialización de las economías. Este nuevo contexto incluye posibilidades adicionales de una mayor liberación del trabajo de subsistencia (trabajo heterónomo), mediante el retraso del ingreso en el mercado de trabajo hasta la finalización de la enseñanza superior y a través de una oferta educativa a lo largo de la vida.

El exceso de producción, que ha sustituido a la escasez, parece ser característico de una sociedad anclada en el trabajo inmaterial y en el conocimiento, lo que requiere crear un nuevo patrón de producción y consumo que ya no sea el protagonista de la degradación ambiental[13]. La conservación del medio ambiente adquiere mayor importancia con la necesidad de cambio del actual modelo de producción y consumo, estimulada por el proceso más amplio de desmaterialización de las economías modernas.

Aún no está todo definido. Hay tendencias que pueden confirmarse a medida que los sujetos históricos se muestren capaces de construir sus propios caminos, orientados a la consolidación del liderazgo económico, social y ambiental en el escenario mundial de tipo posneoliberal, que actualmente se encuentra en disputa. Este parece ser el espacio en el que se puede basar el segundo despegue latinoamericano.

B. Convergencia e integración social y laboral en el inicio del siglo XXI

El intervalo regresivo formado por las dos últimas décadas del siglo XX en América Latina se debió al agotamiento del proyecto de industrialización sin reformas y al declive socioeconómico manifestado en la capitulación ante el recetario neoliberal impuesto por el Consenso de Washington. La subordinación latinoamericana a los intereses de los grandes poseedores de riqueza financiera y de los grupos generadores de divisas internacionales

[13] Véanse Carneiro (2012); Infante (2011); Bértola y Ocampo (2010); CEPAL (2010).

ha limitado la importancia económica de la región, al interrumpir el largo y tortuoso proceso de apalancamiento urbano e industrial iniciado en la primera mitad del siglo pasado.

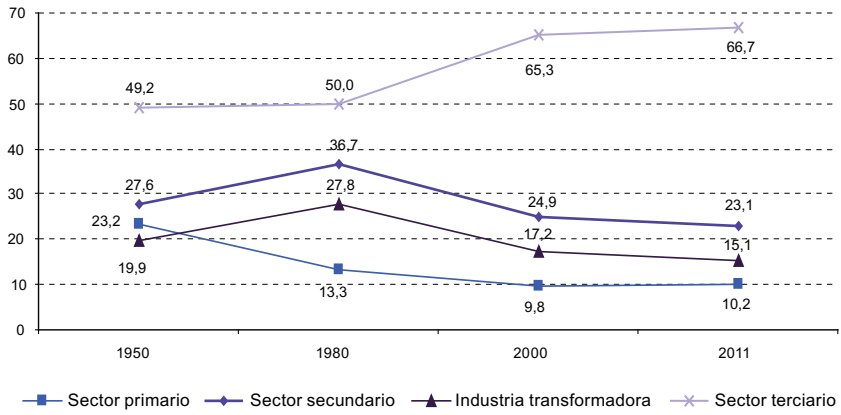
Durante la década de 2000, se revirtió en América Latina la trayectoria de la decadencia inducida por el proceso de la nueva colonización neoliberal. Con gobiernos populares y democráticamente elegidos, la región pasó a protagonizar avances simultáneos de la base económica y de la estructura social, que permitieron la recuperación de la autoestima de la población.

A pesar de la diversidad de las experiencias de los países con gobiernos posneoliberales en la región, se constata una convergencia de resultados favorables al desarrollo social y laboral. No obstante, para eso fueron fundamentales las rupturas con las políticas neoliberales anteriores, como se indica a continuación.

1. Del abandono del desarrollismo a la emergencia neoliberal

Tras registrar una de las trayectorias más exitosas del capitalismo en virtud de la expansión de sus fuerzas productivas y de la transformación de la estructura social a lo largo del siglo XX, América Latina experimentó una de las fases de contracción más graves de su historia. Lo sucedido entre las décadas de 1980 y 1990 solo es comparable con períodos anteriores de interregno de los antiguos ciclos económicos propios de las sociedades agrarias.

Gráfico VIII.3
América Latina: composición del PIB, 1950-2011
(En porcentajes)



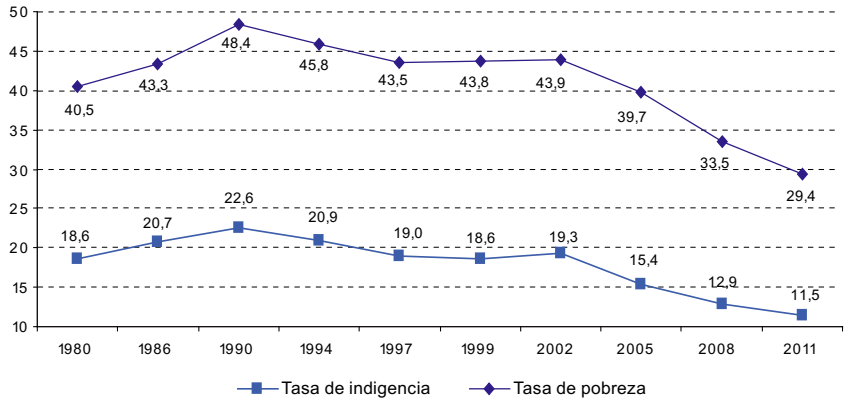
Fuente: Elaboración propia sobre la base de información de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Uno de los principales elementos que conforman el retraso económico y social latinoamericano del último período del siglo pasado fue la pérdida de fuerza de las políticas comprometidas con la expansión del mercado interno. La adopción del programa de ajuste exportador al comienzo de la década de 1980 permitió que la región pagase la deuda externa, pero impuso a la región una fase de práctico estancamiento del ingreso por habitante, con una variación de solo un 0,3% anual en promedio, frente al aumento medio del 1,4% anual en el mundo.

Además de la debilidad de las fuerzas de expansión interna, también se asistió al debilitamiento del sector industrial, que, después de haber aumentado un 1% anual en promedio su participación relativa en el PIB entre 1950 y 1980, pasó a retroceder a una tasa media anual del 1,4% entre 1980 y 2000. Durante las dos últimas décadas del siglo XX, la industria manufacturera cayó un 1,6% anual en promedio en América Latina.

La apertura neoliberal de la economía de la región, acaecida en condiciones competitivas muy desfavorables, contribuyó al empeoramiento del marco económico en general. Sin expansión del ingreso, la revisión del papel del Estado en América Latina contribuyó aún más al aumento del desempleo y de la informalidad en las relaciones laborales, a lo que se sumaron la adopción de políticas contrarias a los intereses de los trabajadores y los ataques a los derechos sociales, laborales y de libre organización sindical.

Gráfico VIII.4
América Latina: tasas de pobreza e indigencia, 1980-2011
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de información de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Como reflejo de esta situación, se observó un crecimiento de la pobreza y la desigualdad en la región. En 1990, la tasa de pobreza alcanzó el 48,4% de la población latinoamericana, frente al 40,5% registrado en 1980. En solo diez años, se produjo un aumento de casi un 20% de la tasa de pobreza en la región.

Al final de la década de 1990, con el fin de la inflación elevada en los países de la región, la tasa de pobreza disminuyó, pero se mantuvo por encima de la correspondiente a 1980. La tendencia de la tasa de indigencia fue similar.

2. Gobiernos posneoliberales y el desarrollismo social

El ciclo de crecimiento de las fuerzas productivas iniciado en la década de 1930 solo quedó bloqueado a partir de la crisis de la deuda externa en los años ochenta, cuando la política económica se subordinó a los intereses de los poseedores de la riqueza financiera y de los sectores generadores de divisas internacionales. El resultado fue la capitulación del proyecto de construcción del Estado nacional burgués, especialmente en la década de 1990, cuando la hegemonía neoliberal internalizó el recetario procedente del Consenso de Washington.

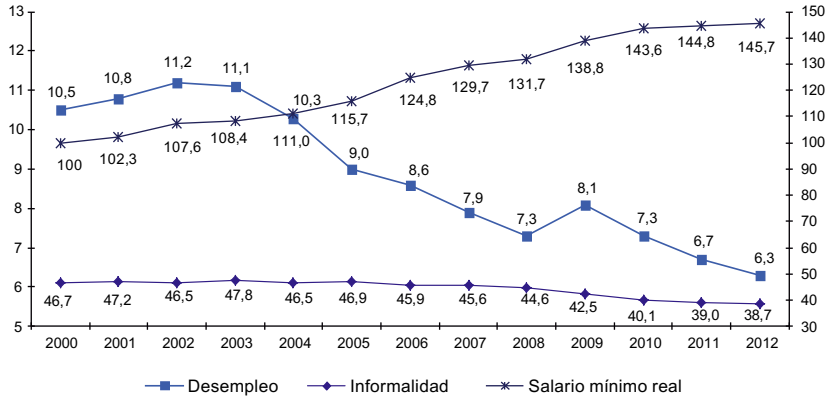
A partir de la década de 2000, la victoria de fuerzas políticas populares y progresistas en la región pasó a tener dos tareas principales. La primera estaba asociada a la reversión de la tendencia de más de dos décadas de declive de las economías de la región, impuesta por las políticas neoliberales.

La segunda tarea estaba vinculada al reposicionamiento de la participación latinoamericana en el sistema capitalista mundial, para restablecer el proceso de construcción del Estado nacional. En este contexto, América Latina pasó a encontrarse, en solo una década, entre las principales regiones de la economía mundial, como uno de los mayores exportadores de productos agrícolas y manufacturados del planeta.

La pobreza y la desigualdad de ingresos se redujeron rápidamente, lo que permitió que la superación de la indigencia estuviera al alcance de la mano, ya que el mercado de trabajo mostró indicios de escasez de mano de obra. La caída del desempleo estuvo acompañada por la elevación de la ocupación asalariada, sobre todo formal.

Entre 2000 y 2012, la tasa de desempleo cayó un 40%, al pasar del 10,5% de la fuerza de trabajo al 6,3%, y la informalidad se redujo del 46,7% al 38,7% (-17,1%). En el mismo período, el salario mínimo real aumentó un 45,7%.

Gráfico VIII.5
América Latina: tasas de desempleo e informalidad e índice del salario mínimo real, 2000-2012
(En porcentajes e índice 2000=100)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Organización Internacional del Trabajo (OIT), *Panorama Laboral: América Latina y el Caribe*, Lima, varios años.

Dos elementos contribuyeron a la inversión de la tendencia latinoamericana y pueden indicar el rumbo de un segundo despegue desarrollista. El primer elemento se basó en la aceleración de los sectores secundario y terciario de la economía. De forma simultánea a la expansión absoluta de la producción secundaria de la economía (industria y construcción), se produjo una pérdida relativa de importancia del producto del sector primario (producción agropecuaria) y un cambio de la participación del sector terciario (servicios y comercio).

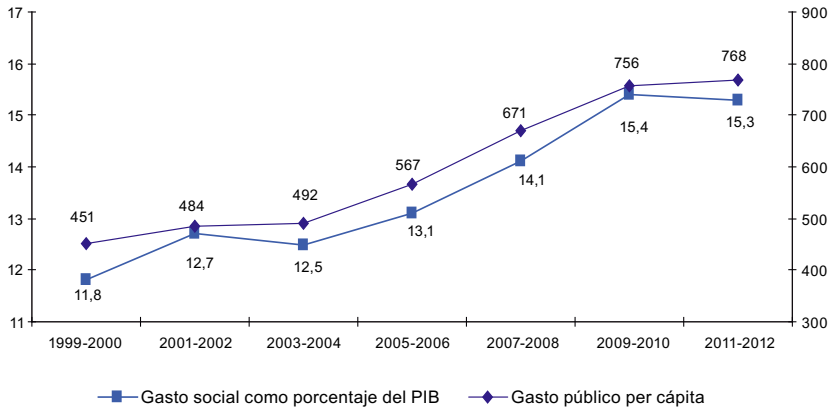
Como consecuencia, también cambió la estructura de la ocupación y cobró fuerza el trabajo asalariado, especialmente en la base de la estructura social latinoamericana. La recuperación del valor real del salario mínimo contribuyó a proteger e incrementar el poder adquisitivo de la remuneración de los trabajadores.

El segundo elemento que caracterizó el apalancamiento latinoamericano corresponde al reposicionamiento del Estado en cuanto a las políticas de bienestar social. El impacto económico del reciente progreso de las políticas sociales es innegable en términos de reducción de la pobreza y de la desigualdad social.

Por ello, el gasto social de los países latinoamericanos en 2011 y 2012, que alcanzó el 15,3% del producto interno bruto según las estimaciones, representó un aumento de casi un 29,7% en relación con 1999 y 2000. Aun

así, sigue siendo inferior a dos terceras partes de la cifra correspondiente a los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE).

Gráfico VIII.6
América Latina: participación del gasto público social en el PIB y valor del gasto público social per cápita, 1999-2012
(En porcentajes y dólares)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de información de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Otro aspecto vinculado al aumento del gasto social en la región fue la adopción de los programas de transferencia condicionada de renta. En general, estos novedosos programas permitieron afrontar la indigencia de forma nueva y con resultados positivos.

C. Heterogeneidad del desarrollo e integración social y laboral en América Latina

La década de 2000 podrá pasar a la historia como punto de inflexión en el devenir socioeconómico del conjunto de los países latinoamericanos. En efecto, las dos últimas décadas del siglo pasado fueron muy difíciles y mostraron signos de regresión tanto económica como social.

No hay duda de que América Latina recupero su dinamismo económico, ya que los ingresos de las familias crecieron de manera generalizada en la primera década del siglo XXI. Sin embargo, algo similar sucedió (y de forma más intensa) antes de la década de 1980, pero con resultados sociales menos positivos en términos de caída simultánea de la pobreza y de la desigualdad de ingreso que los verificados en el período más reciente.

Sucede que, desde la primera década del siglo XXI, el desarrollo económico se ha visto acompañado por la mejora de los indicadores sociales, puesto que América Latina ha combinado, por primera vez después de mucho tiempo, los regímenes democráticos con el crecimiento económico y los avances sociales. La convergencia del desarrollo social y laboral muestra una integración que aún está afectada por una enorme heterogeneidad, como se indica a continuación.

1. Desarrollo social y laboral

Al tomar como referencia el conjunto de los datos estadísticos oficiales disponibles sobre los indicadores socioeconómicos latinoamericanos, se percibe una innegable inflexión en la primera década del siglo XXI. Esto se puede constatar, por ejemplo, al considerar la evolución tanto de la desigualdad de ingreso y de la pobreza como de la reducción del desempleo y de la informalidad de las relaciones laborales.

En relación con la desigualdad, se observa que la reversión de la distribución personal del ingreso del trabajo ha sido compatible con la elevación de la renta per cápita durante la década de 2000. También se puede comprobar la ampliación de la tasa de ocupación en relación con la fuerza de trabajo total (caída del desempleo) y el incremento de la formalización de los empleos generados, de forma simultánea a la caída de la pobreza absoluta.

Durante las últimas ocho décadas, el comportamiento del conjunto de los indicadores socioeconómicos de la región mostró tres trayectorias distintas. La primera, entre las décadas de 1930 y 1970, consistió en una intensa expansión del ingreso per cápita, que subió un 2,4% anual en promedio. Lo mismo sucedió con respecto a la situación laboral general: ampliación de la tasa de ocupación y de la formalización de los empleos creados y reducción de la pobreza.

A pesar de esto, la participación de las rentas del trabajo en la renta nacional no fue la adecuada en relación con la dimensión del producto nacional, sino que mostró un grado de desigualdad extremadamente elevado, lo que contribuyó a que cerca de dos quintas partes de la población vivieran en situación de pobreza. Durante buena parte del período, en la región hubo una numerosa presencia de regímenes autoritarios, de modo que en la práctica resultaban imposibles la organización de los intereses de las clases populares y el desarrollo del Estado de bienestar social, lo que se demostró por la ausencia casi total de las reformas clásicas del capitalismo contemporáneo (agraria, tributaria y social).

La segunda trayectoria de los indicadores socioeconómicos tuvo lugar en las dos últimas décadas del siglo XX. Por un lado, el ingreso por habitante del conjunto de la población latinoamericana se mantuvo prácticamente estancado, con una variación anual media positiva del 0,3%. Por otro, la situación general del trabajo fue de empeoramiento del panorama social de desempleo y de la informalidad de las relaciones laborales. Simultáneamente, crecieron las tasas de pobreza y indigencia, y la desigualdad de la distribución de los ingresos siguió siendo elevada.

Finalmente, la tercera trayectoria comenzó en la década de 2000. No solo se produjo una expansión media anual del ingreso per cápita de los latinoamericanos del 2,6%, sino que también mejoraron los indicadores sociales de reducción de la informalidad y el desempleo.

El aumento real del salario mínimo y de los gastos sociales en relación con el PIB hizo posible la elevación del ingreso de la población en la base da estructura social. Con ello, la tasa de pobreza cayó un 39,2% entre 1990 y 2011. Sin embargo, este movimiento de convergencia social no aconteció de manera homogénea, como se indica a continuación.

2. Heterogeneidad de la integración sociolaboral

La convergencia desarrollista experimentada en la década de 2000 partió de una situación con una enorme desigualdad entre los países de América Latina. Para considerar mejor las especificidades de la desigualdad sociolaboral latinoamericana, se parte de cuatro dimensiones: a) panorama demográfico; b) estructura laboral; c) perfil de la pobreza y de la desigualdad, y d) proceso educativo. A continuación, se analiza brevemente cada una de las cuatro dimensiones de la integración sociolaboral en la región.

a) Panorama demográfico

En relación con el panorama demográfico latinoamericano, se considera la desigualdad entre los países asociada al proceso de transición demográfica y de composición de la mortalidad de la población.

Por un lado, es necesario reconocer que la mayor parte de los países experimenta actualmente un avanzado cambio demográfico, con reducción de la porción más joven e incremento del segmento de mayor edad. Al mismo tiempo, el aumento de la expectativa de vida plantea nuevas cuestiones para las políticas de salud, movilidad e integración social, entre otras.

En América Latina, la expectativa de vida al nacer es actualmente de 74,2 años de edad, mientras que en Haití es 12,1 años menor (62,1 años).

En Cuba, la expectativa de vida al nacer es la más alta de América Latina (79,2 años), una cifra 17,1 años por encima de la correspondiente a Haití. En la primera mitad de la década de 1970, la expectativa de vida al nacer en Cuba (72,3 años) era 24,8 años superior a la de Haití (47,5 años).

Con respecto a la tasa de mortalidad infantil, la desigualdad también sigue siendo elevada. En América Latina, la tasa de mortalidad infantil es de 18,6 muertes por cada cien mil nacidos vivos. Cuba (3,9) y el Uruguay (10,2) son los países con cifras más reducidas, mientras que el Paraguay (28,8) y Haití (43,6) se encuentran al otro extremo de la lista.

Por otro lado, las cifras de salud de la población manifiestan la heterogeneidad de la composición de las causas de muerte entre los países que forman América Latina. Las enfermedades transmisibles y las causas asociadas a condiciones nutricionales, maternas y perinatales explican más de la quinta parte de todas las muertes de la región. En los países de menor ingreso per cápita, las enfermedades transmisibles provocan más del 17% de todas las muertes, mientras que en las naciones de mayor ingreso per cápita solo representan el 9% de la mortalidad.

En cualquier caso, la principal causa de muerte en América Latina (cuatro quintas partes del total) corresponde a las enfermedades no transmisibles (cardiovasculares, psiquiátricas y neoplasias) y a las causas externas (accidentes de tránsito y violencia). En los países con bajos niveles de ingreso per cápita, las enfermedades no transmisibles causan actualmente tres quintas partes de las muertes, mientras que, en los países con mayor ingreso per cápita, provocan más de cuatro quintas partes de todas las muertes[14].

En el caso de las muertes por causas externas (un sexto del total), los fallecimientos más frecuentes son los debidos a la violencia, especialmente en los países con mayor ingreso per cápita de la región. En consecuencia, América Latina sigue siendo la región más desigual e insegura del mundo, ya que registra más de 100.000 homicidios al año y, entre 2000 y 2010, superó la cifra del millón de asesinatos[15].

En 11 de 18 países latinoamericanos, la tasa de homicidios puede considerarse epidémica, ya que es superior a 10 homicidios por 100.000 habitantes. Los robos, por su parte, se triplicaron en las dos últimas décadas, debido a una mayor presencia del crimen organizado y del tráfico de drogas.

---

[14] Se puede encontrar información detallada en Banco Mundial, *World Development Report*, varios años, y datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

[15] Véase el *Informe Regional sobre Desarrollo Humano* (PNUD, 2013).

Los recursos públicos y privados aumentaron, pero no disminuyó el panorama de inseguridad de la región. En 2012, por ejemplo, la tercera parte de los latinoamericanos fueron víctimas de crímenes violentos, a pesar de que había más guardias de seguridad privada (3,8 millones) que policías (2,6 millones) y los guardias privados llegaron a ser los más armados del mundo, con una tasa de posesión de armas por agente diez veces mayor que la de Europa Occidental.

La violencia afecta mucho más a los jóvenes, especialmente los de sexo masculino y pertenecientes a familias con bajo nivel de ingreso. Las mayores tasas de homicidios de jóvenes del mundo (por 100.000 habitantes) en 2011 se encontraban en El Salvador (92,3), Colombia (73,4), la República Bolivariana de Venezuela (64,2), Guatemala (55,4) y el Brasil (51,6), según la Organización Mundial de la Salud.

Por otra parte, las precarias condiciones de las vías utilizadas para la movilidad urbana y de los transportes colectivos e individuales, asociadas a las carencias de la infraestructura de las ciudades latinoamericanas, hicieron que las muertes ocasionadas por accidentes de tránsito fueran significativas. Por ello, la salud de los ciudadanos requiere, cada vez más, políticas intersectoriales y articuladas que tengan en cuenta a la totalidad de la población.

b) Estructura laboral

En la cuestión de la estructura laboral, se destaca de nuevo la inserción y trayectoria del trabajo de la población, ya que se trata del atributo que determina una gran parte del tiempo de vida de los latinoamericanos. Desde el ingreso en el mundo laboral en edades precoces, sin terminar la enseñanza media, pasando por jornadas de trabajo extremadamente largas, hasta llegar a edades avanzadas o a etapas de incapacidad de trabajar sin la protección ni la promoción social debidas, la supervivencia por medio del trabajo heterónomo llega a ocupar casi la mitad del tiempo de vida del conjunto de la población.

En general, el funcionamiento del mercado de trabajo latinoamericano une a lo largo del tiempo diversas formas típicas y atípicas de uso y remuneración de la mano de obra con un excedente de fuerza de trabajo derivado de los movimientos migratorios internos y externos sin controles. La ausencia de las reformas clásicas del capitalismo contemporáneo, como la agraria, hizo que una gran parte del excedente de mano de obra rural se trasladara a las ciudades.

Debido a la insuficiente planificación urbanística, las ciudades absorbieron grandes contingentes de trabajadores, que se dedicaron a formas marginales de ocupación, cuya informalidad impedía que se convirtiesen en trabajos decentes. La escasez de experimentos de democracia en las relaciones laborales perjudicó el potencial de actuación de los sindicatos en la contratación colectiva vinculada a las mejoras de productividad alcanzadas en los sectores económicos.

Ciertamente, los avances económicos que conllevaron una fuerte expansión del empleo y la elevación del valor real del salario mínimo, así como una mayor importancia y eficacia de las negociaciones laborales colectivas, hicieron posible una nueva fase de participación de los salarios en la renta nacional de los países de la región. Al mismo tiempo, el avance de las políticas sociales, como las asociadas a la garantía de renta para los segmentos más pauperizados, permitió retirar del mercado de trabajo a los niños y adolescentes sometidos al trabajo infantil, así como los casos que todavía existían de trabajo esclavo.

El resultado fue un avance innegable de la formalización de la mano de obra. Según la OIT, por ejemplo, casi dos quintas partes de los ocupados totales de América Latina trabajan todavía en condición de informalidad. La caída del número de personas que trabajaban al margen del sistema de protección social y laboral en la década de 2000 fue evidente, pero todavía queda mucho por avanzar.

En ese sentido, también cobra importancia la elevada desigualdad en lo relativo a la informalidad entre los países de la región. En países como Bolivia (Estado Plurinacional de), el Paraguay y el Perú, la informalidad está en torno a dos tercios de los ocupados. Al otro lado de la escala se encuentran las economías de Chile y Costa Rica, donde la informalidad afecta a uno de cada tres ocupados.

En gran medida, la heterogeneidad ocupacional deriva de cifras muy diferentes en cuanto al empleo asalariado y a puestos de trabajo asociados a los sectores económicos de baja productividad. Mientras que países como el Estado Plurinacional de Bolivia registran tasas de empleo asalariado inferiores al 40% de la mano de obra ocupada, Chile y el Uruguay se acercan al 80%.

En Colombia y el Perú, los cuentapropistas son cerca de un 40% de los ocupados, pero en la Argentina y en Costa Rica no llegan a una quinta parte de la mano de obra total. En Bolivia (Estado Plurinacional de) y el Brasil, por ejemplo, al menos la mitad de los trabajadores autónomos pertenecen al sector rural de la economía, mientras que, en los demás países, este tipo de trabajadores tienen un mayor peso en el ámbito urbano.

Además, casi dos tercios de los ocupados forman parte de sectores de baja productividad en países como Bolivia (Estado Plurinacional de), Colombia el Ecuador y Guatemala. En las economías de Chile y Panamá, cerca de un tercio de los ocupados corresponden a los sectores de baja productividad. En general, los sectores económicos de baja productividad corresponden a microempresas y trabajadores autónomos.

Si bien el desempleo ha disminuido tras diez años de expansión económica con distribución del ingreso, persiste la desigualdad de un mayor desempleo entre los jóvenes en los países de la región. En general, el desempleo también es más alto entre las mujeres, salvo en el caso de experiencias localizadas en el tiempo, como en El Salvador o México.

La tasa de desempleo entre los jóvenes tiende a ser dos veces superior a la registrada entre los adultos. Sin embargo, en países como Chile, Panamá o el Uruguay, el desempleo juvenil casi triplica al de los adultos.

c) Perfil de la pobreza y la desigualdad

La consideración del perfil de la pobreza y la desigualdad permite analizar el estado de bienestar alcanzado por el conjunto de la población que dispone al menos de un ingreso suficiente para satisfacer las necesidades humanas fundamentales. En ese sentido, la dimensión de la pobreza absoluta está muy relacionada con la pobreza relativa indicada por el grado de desigualdad que manifiesta la parte de la población que puede ser pobre en relación con el patrón de riqueza existente en cada país o localidad.

Por ello, conviene analizar conjuntamente la problemática de la pobreza y la de la desigualdad. En efecto, es posible que se produzca una caída de la tasa de pobreza sin que se produzca una reducción del grado de desigualdad del ingreso (pobreza relativa), como sucedió en el primer despegue latinoamericano entre las décadas de 1930 y de 1970 y también en la situación actual de países como China.

Basta elevar el ingreso de los segmentos pobres de la población para que superen la línea de pobreza. En cambio, el ritmo de crecimiento de los ingresos, por debajo de la tasa de incremento de las ganancias de los extremadamente ricos, explica que la desigualdad de los ingresos pueda persistir aunque caiga la tasa de pobreza.

Como se mencionó anteriormente, la tasa de pobreza latinoamericana cayó un 32,9% y la tasa de pobreza extrema o indigencia se redujo un 38,2% entre 1999 y 2011. En las ciudades, la tasa de pobreza disminuyó más rápidamente (34,8%) que en el campo (22,3%) durante el mismo período.

En 2011, un 24,2% de la población de las ciudades latinoamericanas vivía en condiciones de pobreza y, dentro de ese grupo, había un 29,7% de personas que subsistían en extrema pobreza (un 7,2% del total de la población). En el ámbito rural, la tasa de pobreza absoluta era del 49,8% de la población y más de la mitad de ese grupo, el 57,8%, estaba sometida a indigencia (un 28,8% de la población total).

En países como Honduras, Nicaragua y el Paraguay, más de la mitad de la población vive en condiciones de pobreza monetaria y la tasa de pobreza extrema se acerca a los dos quintos de la población total. En cambio, en el Uruguay solo el 6,5% de la población vive en situación de pobreza y el 1,1% en condiciones de pobreza extrema.

Por otro lado, en lo relativo al grado de desigualdad de la distribución personal del ingreso, se utiliza como medida el índice de desigualdad de Gini. Entre 1999 y 2011, por ejemplo, la desigualdad de ingreso cayó un 8,9% en América Latina, ya que se pasó de un índice de Gini de 0,552 a uno de 0,503.

En los diversos países de la región, la desigualdad mostró tendencias distintas. Si bien en algunos, como Costa Rica, Honduras y la República Dominica, se produjeron aumentos de la desigualdad, en los demás la tendencia fue de caída o estabilidad de los índices de Gini.

Al mismo tiempo, se puede observar que los países con menor grado de desigualdad en la distribución del ingreso son, entre otros, Cuba, el Uruguay y Venezuela (República Bolivariana de), con valores del índice de Gini en torno a 0,4. Al otro extremo, se encuentran países como Honduras y el Paraguay, con índices de Gini superiores a 0,5.

d) Proceso educativo

El tema de la educación también contribuye a expresar la heterogeneidad existente en el interior de la región. En general, prácticamente todos los países muestran avances en el proceso educativo, pero la región sigue albergando desequilibrios y asimetrías considerables.

El grado de analfabetismo de la población es un claro ejemplo de estas asimetrías. Al comienzo de la segunda década del siglo XXI, la tasa de analfabetismo entre las personas con 15 o más años de edad era del 8,6%, el nivel más bajo de la historia de la región. En cambio, países como El Salvador, Guatemala, Haití y Nicaragua están aún muy lejos de lograr que un 80% de la población esté alfabetizada. Por otro lado, la región incluye países en los que prácticamente no existe el analfabetismo, como Cuba, Chile, el Uruguay y Venezuela (República Bolivariana de).

En general, la concentración de las personas que viven en la pobreza y la indigencia, así como una mayor tasa de desempleo y de empleos precarios, son característicos de la población con menor grado de escolaridad. Se puede observar un ejemplo de esto en el caso de la Argentina, donde, en 2011, la tasa de pobreza era del 11,2% entre las personas con hasta 3 años de escolaridad, mientras que solo el 1,6% de las personas con 13 años o más de escolaridad vivían en condiciones de pobreza. En el Perú, la tasa de pobreza era del 66,3% en el segmento de población con hasta 3 años de escolaridad y solo del 7,9% entre los habitantes con un mayor grado de escolaridad (13 años o más).

La tasa de desempleo también suele ser mayor entre los trabajadores con menor grado de escolaridad. En la Argentina, por ejemplo, la tasa de desempleo en 2011 era del 7,2% de la población en general, mientras que los porcentajes eran del 9,3% y del 5,5% entre las personas con hasta 5 años de estudio y con 13 o más años de escolaridad, respectivamente. En el caso de Colombia, que tenía una tasa de desempleo nacional del 12,2%, los desempleados formaban el 11% del segmento con hasta 5 años de estudios y un 9,2% de la población con 13 años o más de escolaridad.

Más del 10% de la población total del Brasil, Guatemala, El Salvador y Nicaragua tienen hasta 5 años de escolaridad, mientras que, en Cuba y Chile, ese segmento forma menos de un 1% del total. Al considerar los años de estudio de la población urbana de entre 25 y 59 años de edad, se puede observar que países como la Argentina y Panamá se acercan a un promedio de 12 años de escolaridad, pero Guatemala, Honduras y Nicaragua se sitúan en torno a los 8 años de estudios.

D. Conclusión

El sentido general de los cambios sociales y laborales observados desde la década de 2000 apunta hacia un segundo despegue del desarrollo latinoamericano. Resulta innegable que el conjunto de la región ha conseguido combinar un régimen democrático, la ampliación del ingreso por habitante y la reducción del grado de desigualdad de la distribución personal del ingreso.

Desde el punto de vista de la integración laboral, el camino de la valorización del trabajo pasa por la caída del desempleo y el incremento del empleo asalariado formal. De forma paralela al aumento real del salario mínimo, se ha registrado un crecimiento de los salarios por encima de la

inflación, lo que muestra la recuperación de la fuerza de los sindicatos para incorporar las ganancias de productividad generadas por la economía.

Al mismo tiempo, el desarrollo social está fundamentado en la caída significativa de la pobreza absoluta y extrema y en la elevación del gasto social en relación con el producto. Cabe resaltar también el papel sustancial de los programas de transferencia continua de renta, dedicados especialmente a la base de las estructuras de la sociedad latinoamericana.

Sin embargo, para que el curso del nuevo despegue latinoamericano no repita el error de las décadas de 1930 a 1970, la cuestión social debe recibir un tratamiento innovador en la dirección de una mayor eficiencia y eficacia de las políticas sociales y laborales. Esto implica la redefinición del Estado a través de acciones cada vez más matriciales y articuladas en el interior del conjunto de las políticas sociales de protección (previsión, asistencia y salud), promoción (educación, cultura y trabajo) e infraestructura (vivienda, urbanismo y saneamiento).

Por un lado, esta estrategia permitiría afrontar mejor la heterogeneidad de la integración sociolaboral actual. Por otro, abriría la posibilidad de implementar una agenda política que incorpore el conocimiento como un elemento activo de difusión de la nueva riqueza, vinculada a la reorganización económica desmaterializada y a la reconfiguración social basada en el trabajo inmaterial.

Bibliografía

Abramo, L. y M. Rangel (2005), *Negociación colectiva y equidad de género,* Santiago, Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Aglettá, M. (1976), *Regulation et crises du capitalisme,* París, Calmann-Lévy.

Agarwala, A. y S. Singh (2010), *A economia do subdesenvolvimento,* Río de Janeiro, Contraponto/CICF.

Amsden, A. (2004), *A ascensão do "resto",* São Paulo, Universidad Estadual de São Paulo (Unesp).

Arrighi, G. (1997), *A ilusão do desenvolvimento,* Petrópolis, Vozes.

Bacha, E. y M. Mendonza (1987), *Recessão ou crescimento: FMI e Banco Mundial na América Latina,* Río de Janeiro, Paz e Terra.

Barrientos, A. (2012), "Dilemas de las políticas sociales latinoamericanas", *Nueva Sociedad,* Nº 239.

Bem, J. (2003), *Estado e economia na América Latina,* P. Fundo, Clio.

Bértola, L. y J. Ocampo (2010), *Desarrollo, vaivenes y desigualdad: una historia económica de América Latina desde la independencia*, Madrid, Secretaría General Iberoamericana (SEGIB).

Bethell, L. (2005), *A América Latina após 1930,* São Paulo, EDUSP.

_____(2002), *História da América Latina de 1870 a 1930,* São Paulo, EDUSP.

BID (Banco Interamericano de Desarrollo) (2007), *A política das políticas públicas,* Río de Janeiro, Campus.

_____(2004), *Inclusão social e desenvolvimento econômico na América Latina,* Río de Janeiro, Campus.

Bomfim, M. (2008), *América Latina: males de origem*, Río de Janeiro, CEPS.

Bulmer-Thomas, V. (2003), *The Economic History of Latin America since Independence.* Cambridge, Cambridge University Press.

CAF (Banco de Desarrollo de América Latina) (2010), *Latin America 2040,* Caracas.

Calderón, F. (coord.) (2008), *Escenarios políticos en América Latina,* Buenos Aires, Siglo XXI/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Cano, W. (1999a), "América Latina: do desenvolvimentismo ao neoliberalismo", *Estados e moedas no desenvolvimento das nações,* J. Fiori (org.), Petrópolis, Vozes.

_____(1999b), *Soberania e política econômica na América Latina,* Campinas, Unicamp/Unesp.

Cardoso, F. y A. Foxçey (2009), *América Latina: desafios da democracia e do desenvolvimento,* 2 vols., Río de Janeiro, Campus.

Carneiro, R. (2012), "Commodities, choques externos e crescimento: reflexões sobre a América Latina", *serie Macroeconomía del Desarrollo*, Nº 117 (LC/L.3435), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2010), *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir* (LC/G.2432(SES.33/3)), Santiago.

_____(2011), "Da inovação à política pública: historias de êxito na América Latina e no Caribe", Norah Rey de Marulanda y Francisco B. Tancredi, Documentos de Proyecto (LC/W.351), Santiago.

Dosman, E. (2011), *Raúl Prebisch: A construção da América Latina e do terceiro mundo,* Río de Janeiro, Contraponto/CICF.

Dube, S. (2004), *Modernidades coloniales,* Ciudad de México, El Colegio de México.

Faletto, E. (2009), *Dimensiones sociales, políticas y culturales del desarrollo,* Santiago, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Feres Jr, J. (2005), *A história do conceito de Latin América nos Estados Unidos,* São Paulo, EDUSC.

Fernandes, A. y S. Raninsheski (2009), *Américas compartilhadas,* São Paulo, Verbena.

Ffrench-Davis, R. (2005), *Reformas para América Latina después del fundamentalismo neoliberal,* Santiago, Siglo XXI/Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Fiori, J. (1999), *Estados e moedas no desenvolvimento das nações,* Petrópolis, Vozes.

Fiori, J. y C. Medeiros (2001), *Polarização e crescimento,* Petrópolis, Vozes.

Frieden, J. (2007), *Capitalismo global,* Barcelona, M. Crítica.

Friedman, B. (2009), *As consequências morais do crescimento econômico,* Río de Janeiro, Record.

Gurrieri, A. (2011), *O manifesto latino-americano e outros ensaios,* Río de Janeiro, Contraponto/CICF.

Haagh, L. y C. Helgo (2002), *Social Policy Reform and Market Governance in Latin America,* Oxford, Macmillan.

Hofmeister, W. (2004), *Reformas políticas en América Latina,* Río de Janeiro, Fundación Konrad Adenauer.

Infante, R. (2011), *El desarrollo inclusivo en América Latina y el Caribe,* Libros de la CEPAL, N° 112 (LC/G.2500-P), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Keynes, J. (1926), "O fim do "laissez faire" [en línea] http://www.cefetsp.br/edu/eso/globalizacao/fimlaissezfaire.html.

Kowarick, L. (1975), *Capitalismo e marginalidade na América Latina,* São Paulo, Paz e Terra.

Lagos, R. y C. Arriagada (1998), *Población, pobreza y mercado de trabajo en América Latina,* Santiago, Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Lander, E. (comp.) (2000), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Love, J. (1998), *A construção do terceiro mundo,* Río de Janeiro, Paz e Terra.

Maddison, A. (2008), *Perspectives on Global Economic Progress and Human Development*. Academy of Science Annual Symposium, Washington, D.C.

Marini, R. (2009), *América Latina, dependencia y globalización,* Santiago, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Melo, J. (1981), *Capitalismo tardio,* São Paulo, Brasiliense.

Mignolo, W. (2007), *La idea de América Latina: La herida colonial y la opción decolonial,* Barcelona, Gedisa.

Moraes, R. (1997), "Liberalismo e neoliberalismo. Primeira versão", Campinas, IFCH/Unicamp.

Neffa, J. y E. Toledo (2010), *Trabajo y modelos productivos em América Latina,* Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos) (2012), *Perspectives du développement mondial,* París.

_____(2010), *Pérspectives économiques de l'Amérique Latine,* París.

OCDE/CEPAL (Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos/Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2012), *Perspectivas económicas de América Latina 2013: políticas de PYMES para el cambio estructural* (LC/G.2545), París.

OIT (Organización Internacional del Trabajo) (2013), *La OIT en América Latina y Caribe*. Santiago.

_____(2010), *Trabajo decente y juventud em América Latina,* Ginebra.

_____(2000), *La reforma laboral en América Latina,* Lima.

_____(1995), *La exclusión en América Latina,* Lima, Visual Service.

_____(varios años), *América Latina y el Caribe: Panorama laboral,* Lima.

Oliveira, C. (2002), *Processo de industrialização: do capitalismo original ao atrasado,* São Paulo, Universidad Estadual de São Paulo (Unesp).

Palma, G. (2004), "Gansos voadores e patos vulneráveis", *O poder americano,* J. Fiori (org.), Río de Janeiro, Vozes.

Pinto, A. (1970), *Naturaleza e implicaciones de la "heterogeneidad estructural" de La América Latina,* Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2013), *Informe Regional sobre Desarrollo Humano 2013-2014*, Nueva York.

Pochmann, M. (2013), *Subdesenvolvimento e trabalho,* São Paulo, LTr.

Prado, A. (2006), *Neoliberalismo e desenvolvimento: a desconexão trágica,* Campinas, IE/Unicamp.

Roudart, L. y M. Mazoyer (2009), *Histórias das agriculturas no mundo,* São Paulo, Unesp.

Ribeiro, G. (2012), "La globalización popular y el sistema mundial no-hegemónico", *Nueva Sociedad*, N° 241.

Sachs, W. (2000), *Dicionário do desenvolvimento*: *guia para o conhecimento como poder,* Petrópolis, Vozes.

Sader, E. y P. Gentile (2007), *Pós-neoliberalismo: as políticas sociais e o Estado democrático,* Río de Janeiro, Paz e Terra, 7ª edição.

Santos, T. (2010), *O desenvolvimento Latino-americano: passado, presente e futuro,* Niterói, Universidad Federal Fluminense (UFF).

Seone, J. (2003), *Movimentos sociales y conflicto em América Latina,* Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Serra, J. (1979), *América Latina: ensaios de interpretação econômica,* Río de Janeiro, Paz e Terra.

Serrano, F. y otros (2008), *O mito do colapso do poder americano,* Río de Janeiro, Record.

Sunkel, O. (1978), "La dependencia y la heterogeneidad estructural", *El Trimestre Económico*, vol. 45, N° 1, Ciudad de México.

Tavares, M. (1981), "Problemas de industrialización avanzada em capitalismos tardios", *Revista CIDE*, Ciudad de México.

Vergopoulos, K. (2005), *Globalização: o fim de um ciclo,* Río de Janeiro, Contraponto.